

JOSE MANUEL ROJO

Razones de la revuelta, realidad de la utopía

Índice

Instrucciones de desuso para <i>Razones de la revuelta, realidad de la utopía</i> , 9	
Realidad de la revuelta, razones de la utopía, 29	
La poesía abierta y sus enemigos, 61	
Consecuencias del mal uso de la electricidad, 82	
Tiempo de carnaval, 113	
Notas sobre la crisis del objeto, 127	
Espejismo y materialización del objeto fantasma, 135	
Fragmentos para una antropología de la religión económica, 149	
Son los Grandes Transparentes los que se manifiestan. Por una mitopoiesis del fin del mundo, 183	
Encuesta de las infraestructuras inútiles, 191	
Ruido de cadenas	
El sentimiento gótico en la arqueología industrial, 199	
Finis Urbis, 211	

Ni de vuestra vida ni de vuestra muerte
Psicogeografía y vacío del II-M, 227

Un paso adelante y dos haciendo esos.
Sobre los disturbios del Dos de Mayo en Madrid, 251

Bright Lights, Big City.
Luces de Gamonal y derecho a la ciudad, 261

¿*Que* hay afuera?
Apuntes sobre la posibilidad de exterioridad
de y en el mundo industrial, 271

Lo posible.
Consideraciones sobre finales de mundos,
callejones sin salida, hilos deshilachados
y tan grandes tardes, 285

Procedencia de los textos, 315

Agradecimientos, 319

Para la egipcia del roscón de reyes.

Instrucciones de desuso para *Razones de la revuelta, realidad de la utopía*

SI ESCRIBIR UN PRÓLOGO para un compañero o un amigo es siempre una grata condena por lo que tiene de gesto cómplice, pero también de grave responsabilidad por el desafío de estar a la altura de las circunstancias, prologarse a sí mismo es ya una tortura sin nombre ni remedio. Más aún cuando *Razones de la revuelta, realidad de la utopía* no está consagrado a un tema concreto, analizado de una manera más o menos sistemática y exhaustiva. Tampoco una antología propiamente dicha, pues para empezar incumple los criterios clásicos de orden cronológico: los textos saltan de un año a otro abordando la reflexión (a veces exaltación) crítica (y onírocrítica) de cuestiones, fenómenos y acontecimientos muy distintos, en un arco temporal que iría desde finales de los años 90 a antes de ayer. Lo que probablemente no es bueno. Pero tampoco tiene por qué ser malo: todo lo contrario.

Es también muy posible, casi inevitable, que sorprenda y provoque cierta perplejidad la apelación imprudente a lo imaginario, el inconsciente, la creatividad y, en fin, la poesía, dimensiones que suelen ser extrañas o incongruentes en un ensayo «político», y la utilización no mucho más sensata, en estos tiempos que corren a su perdición, de los términos *revolución* y *revolucionario*. No se sabría qué es más confuso, anacrónico y desde luego perjudicial para la credibilidad de algo que aspira, con toda la modestia, a aportar

siquiera un granito de cornezuelo al molino del pensamiento crítico, la denuncia de la dominación y la agitación subversiva.

Más adelante se intentará encender y apagar alguna luz sobre estas paradojas, lo que permitirá de paso dar varias claves y coordenadas cartográficas de lectura, y de enfrentamiento a esa lectura, pero ahora hay que salir del callejón sin salida volviendo al punto de partida: el primer texto que abre el libro, cuyo título desviado da nombre al mismo y es además su mejor botón de muestra.

«Realidad de la revuelta, razones de la utopía» fue escrito, como buena parte de los ensayos que componen este volumen, a raíz de mi participación en un debate público, en este caso el *Seminario sobre autonomía obrera y antagonismo* que se celebró en la UCM en la primavera de 2010, y en (y contra) el contexto viciado de un ambiente radical que se había teñido de un rigor hipercrítico sin duda muy lúcido, pero que tendía al pesimismo y la negatividad más fatalistas y *realistas*, condenando por inútiles y contraproducentes toda resistencia, protesta o levantamiento social (y no digamos proyecto revolucionario), y por falsa y absurda cualquier utopía o esbozo utopista. Pero más allá del momento histórico y la moda ideológica que discute, este texto contiene y presenta casi todas las cuestiones y debates que se irán desplegando en las páginas siguientes, y que podríamos sintetizar en dos ámbitos fundamentales. El primero sería el análisis de la metástasis casi terminal de la dominación capitalista y tecnocientífica y sus estragos en los planos económico, social, político, cultural y ecológico, pero también y no menos importante en la dimensión de las subjetividades, imaginarios, deseos y el mismo inconsciente, procesos ominosos y desesperantes que como es más que sabido nos han llevado al diagnóstico casi indiscutible del desdichadamente famoso fin del mundo, catástrofe o colapso. *Casi*. Porque paralelamente se apunta y reivindica el segundo ámbito de reflexión que será más que central en todo el libro: que la catástrofe no puede asustarnos ni paralizarnos, ni tampoco y mucho menos complacernos en una

mórbida imperturbabilidad desdeñosa o una esperanza escatológica aún más morbosa, pues siempre se verá contrarrestada y desafiada por las *reservas atávicas* que aún poseemos, como la experiencia poética y todo lo que abre y cierra, el instinto de libertad y los mecanismos de defensa innatos de la resistencia visceral ante todo atropello, el anhelo de comunidad que reactualiza la solidaridad y el apoyo mutuo, y por supuesto la revuelta, comentada y defendida a partir de algunos ejemplos (entonces) recientes como el levantamiento de las *banlieues* francesas de 2005 y la muy reveladora insurrección griega de 2009, tanto por su homérica magnitud como por sus límites y expectativas fallidas, que enlazan con la cuestión de la utopía, esa *terra* todavía y demasiado *incognita*, donde podrían encontrar una vía de superación.

Hemos citado premeditadamente a la poesía como la primera de las reservas atávicas a las que nos encomendamos, y será la poesía, y las fuerzas, alternativas y problemas que moviliza en el sentido más amplio, el tema principal pero nunca único de los tres textos siguientes: «La poesía abierta y sus enemigos», «Tiempo de carnaval» y «Consecuencias del mal uso de la electricidad».

El primero es también una tarjeta de presentación de la *poesía por otros medios*, término utilizado por el Grupo surrealista de Madrid para referirse a la naturaleza liberadora y plena de la poesía cuando escapa de la jaula literaria y se manifiesta en experiencias, fenómenos y procesos individuales y colectivos que se abren y ofrecen a cualquier persona, independientemente de su «talento» o formación cultural. El texto, cuyo origen es mi intervención en el ciclo de charlas «Situación de la poesía (por otros medios) a la luz del surrealismo» organizado en Barcelona y Madrid en 2006, incide también y muy intensa y conscientemente en las amenazas que penden sobre la poesía así entendida, como la mercantilización (y prefabricación) de los deseos o la destrucción alevosa de la verdadera y heteróclita esencia de la ciudad. A partir de esta contradicción podemos extraer una evidencia y una hipótesis o apuesta: que la de-

cadencia, falsificación y cancelación de la poesía es la misma que la que sufre el sueño, el deseo y la propia utopía, lo que contribuye, y de qué manera tan dolorosa e innegable, a que «el encierro en el mundo de la economía sea total, tanto psicológico como físico como imaginario»; y que tal derrota definitiva para la causa de la libertad y del ser humano *no tiene ni tendrá lugar* por la misma energía inapagable e ingobernable de la poesía, y por tanto de la libertad.

Pero desde luego el peligro es real y mortal. Así «Tiempo de carnaval» levanta acta del problema de la recuperación y falsificación de las teorías y propuestas del movimiento revolucionario por parte del espectáculo y más concretamente la publicidad, en especial de la gran subversión poética iniciada por el primer Romanticismo alemán y madurada por el surrealismo y la Internacional Situacionista, que no solo combate el capitalismo industrial y la sociedad burguesa desde la poesía, sino que propone a esta como modelo y método para cambiar la vida y transformar el mundo. En cuanto a «Consecuencias del mal uso de la electricidad», el foco se desplaza a un ámbito más amplio que contiene a la experiencia poética estableciendo con ella relaciones simbióticas: el *espíritu*, como decían los surrealistas de hace cien años, es decir, las mentalidades, imaginarios y pasiones reducidos a *materia prima desencantada* para la bulimia del valor, por medio de los consabidos procesos de apropiación, adulteración y subsunción hasta llegar a una manipulación total que en nada o muy poco difiere de la genética. Si como sospechosos habituales tenemos a la tecnociencia, los sistemas de control y vigilancia, el masaje mediático o el deporte, hay que añadir también ciertas «investigaciones» o «acciones» artísticas que, consciente y voluntariamente o no, se suman a la fase experimental del *capitalismo de espíritu* y la domesticación del ser humano reafirmando uno de sus rasgos más categóricos e insidiosos: nuestra participación entusiasta y lúdica, programada y disciplinada, pasiva e interconectada, en la mutación antropológica en marcha que replica la degradación de un mundo devastado y viceversa.

Pero hay marchas que se detienen, y viajes que no van a ningún parte porque las barricadas lo impiden. Las barricadas materiales, y las *tierras adentro del espíritu* que a veces comunican su energía, a través de la poesía por otros medios, hasta galvanizar el terreno de juego de la ciudad y el cuerpo sublime del objeto, a pesar de sus crisis y contra ellas. Si la ciudad será abordada más adelante, son «Notas sobre la crisis del objeto» y «Espejismo y materialización del objeto fantasma» los que intentan desmontar y volver a montar la segunda cuestión. El primero, fruto de mi intervención en las «Jornadas sobre el objeto cuando todo se viene abajo» que con el título «Las mercancías mueren, las cosas despiertan» organizó en 2013 el Grupo surrealista de Madrid en el Solar liberado de la Asamblea de Lavapiés, retoma la preocupación y la denuncia por nuestra desposesión funcional bajo la dependencia técnica que se nos ha impuesto históricamente y hemos terminado aceptando de mejor o peor grado, para después considerar y bosquejar los aspectos creativos, estéticos y hasta mágicos de un objeto liberado de la maldición de la mercancía, y su papel protagonista en la refundación de la nueva sensibilidad y las otras formas de hacer y producir que necesitamos. Por su lado «Espejismo y materialización del objeto fantasma» concreta las reflexiones anteriores en el objeto específicamente surrealista como crítica del fetichismo de la mercancía que vuelve en su contra las mismas armas simbólicas e irracionales que esta manipula, y como encarnación de los deseos y obsesiones individuales, y también colectivos, que pueden hipnotizar y bloquear a un individuo y una sociedad como las nuestras. O *desbloquearlas*, si tal *objeto fantasma* simbolizara la explosión de revueltas como las antes mencionadas, sin rehuir los aspectos psicológicos más oscuros que tienen que ver con el inconsciente colectivo, lo sagrado, el mito, la muerte y el sacrificio. Y la rabia compartida por ese sacrificio que clama por su redención, y la de todos.

Son estas instancias *de la otra parte* las que enhebra «Fragmentos para una antropología de la religión económica», amplian-

do las observaciones e hipótesis anteriores sobre la genealogía del fetichismo de la mercancía y la servidumbre técnica, pero también y con mayor énfasis la dimensión mística, sagrada y seudoreligiosa que segrega y a la vez legitima el proceso experimental de sometimiento y remodelación de lo vivo. Pero todo proceso tiende inexorablemente a su final si antes no es interrumpido, y así «Son los Grandes Transparentes los que se manifiestan. Por una mitopoiesis del fin del mundo» parece situarse en las postrimerías del Capitaloceno para mejor negar y combatir su profecía, atreviéndose a proponer una mitología tanto profiláctica contra los mitos progresistas y tecnófilos, como activa (proyectiva) para sembrar la cosmovisión que tendrá que sustituir al antropocentrismo averiado y tóxico. Hay que señalar que este texto es la introducción de un juego colectivo del Grupo surrealista de Madrid, como la «Encuesta de las infraestructuras inútiles» que le sigue, y ambos comparten la necesidad imperiosa de la *gran labor destructiva por hacer* a partir de la conciencia desengañada de nuestra desposesión, y de la herencia elefantiásica que ha legado el capitalismo industrial para quien todavía sueña con reapropiarse de su nada.

Es evidente que tal destrucción ineludible y, esta vez sí, verdaderamente *creativa*, tiene que empezar en la ciudad, y concretarse simbólicamente en las infraestructuras y edificios más emblemáticos de su actual despojo y sometimiento, y puede y debe apelar no solo al juego sino a la imaginación y la poesía, por tanto a la utopía y, tal vez, el mito. Claves que tiempo atrás ya había interrogado «Ruido de cadenas. El sentimiento gótico en la arqueología industrial», deteniéndose en el caso específico e inesperado de la vieja fábrica abandonada por la economía posindustrial y sus deslocalizaciones y externalidades, bastión de la infamia económica que se diría abocado a su demolición inapelable, a no ser que gracias a una okupación adquiriera una segunda vida más digna, promisorio e incluso *reencantada*: un reencantamiento que se enfrenta a la *crisis de la imaginación* que tanto nos daña, y que solo puede surgir y

Realidad de la revuelta, razones de la utopía

NO HAY FIESTA SIN invitado sorpresa, aunque la primera sea una pantomima y el segundo un indeseable al que nadie espera porque todos temen. La transición española no iba a ser una excepción, y así fue como en el tinglado posfranquista se coló un nuevo ciclo de luchas proletarias conocido como la autonomía obrera, organizada de forma asamblearia con delegados revocables y reivindicaciones concretas que respondían a problemas reales que, por ello mismo, muchas veces se escapaban de la fábrica y de la economía para contagiar al barrio y perturbar la vida. Estos rasgos, y la espontaneidad con que se manifestaban, explican la fuerza casi revolucionaria de la autonomía obrera en el contexto de aquel «segundo asalto del proletariado» que mostró sus cartas en París, Portugal e Italia, como lo hizo en Vitoria o en el puerto de Barcelona. Que tal asalto se diera en un segundo contexto existencial aún más amplio, la llamada *contracultura* que exploraba nuevas formas de vida por medio de las drogas, la sexualidad, la música o los viajes, justifica sin duda que muchos de sus protagonistas hablaran de «vivir la utopía», por mucho que hoy pueda parecer que ese estilo de vida era más un adelanto de la actual descomposición social e individual que su impugnación.

Sea como fuere, injusta o no, esta reflexión sobre la amarga suerte que el tiempo depara a los movimientos emancipatorios nos sirve así mismo para calibrar no solo que nuestra época ya no es la misma que la de la autonomía obrera, sino que se ha convertido en

su reverso tenebroso. En efecto, la mutación tecnológica y económica que el capitalismo ha experimentado desde hace más de 30 años, con la robotización, la terciarización y la externalización de muchas industrias al Tercer Mundo, ha tenido como consecuencia inmediata que no se pueda hablar ya en serio de la clase obrera *en un sentido obrerista*, cuando constituye tan solo un 20 o 30% de la población ocupada en los países occidentales. Es cierto que, para compensar, la sociedad en su conjunto ha alcanzado los más profundos abismos proletarizados del trabajo asalariado, y que la situación de muchos «cuellos blancos» del sector terciario tampoco es mejor que la del obrero tradicional de la gran fábrica, pero este trasvase de carne de cañón de un sector a otro no se ha visto acompañado por la consolidación de la conciencia de clase trabajadora, o por la recomposición de otra nueva y más adaptada a estos tiempos confusos. Sin entrar a discutir qué se entiende por clase y por conciencia, es evidente que la homogeneización de los medios de comunicación y el consumo de masas, el contagio vírico de la ideología de la clase media a la que todos dicen pertenecer, los estragos calculados del urbanismo, la fascinación por las deslumbrantes manzanas envenenadas de la tecnología... han conformado un magma social indefinido en el que en efecto la clase degenera en masa, y el individuo en pálido reflejo de la pantalla, sin apenas conciencia crítica, voluntad o deseos propios. Puede que este cuadro clínico sea exagerado, y que admita algunos matices y otras interpretaciones, pero hay que aceptar que estos desastres anímicos y mentales *existen*, aunque solo sea para combatirlos, en nombre de otras instancias igualmente reales, con alguna posibilidad de éxito.

Por otro lado, tal vez el mismo proyecto revolucionario ha perdido ya *su* tiempo: el proceso de extinción acelerado de las bases materiales y biológicas de la vida, arrasadas por la contaminación, los venenos químicos o los transgénicos, hace cada vez más improbable un *después* del capitalismo, a no ser que sea *peor*. Y aunque llegara a tiempo, pues creemos (y necesitamos creer) que todavía

lo hay, llegaría con las manos vacías porque se ha roto la gran esperanza mesiánica que confiaba en que a la mañana siguiente de la Gran Tarde se daría la reapropiación del sistema productivo capitalista por aquellos que lo hacían funcionar y creaban su riqueza, de tal forma que sería un juego de niños felices crear un mundo feliz en el que junto a la explotación y la injusticia se aboliría también la escasez material. Pero hoy sabemos que tal plan de acción, por muy tentador que nos parezca, ni es posible ni verdaderamente oportuno. No, una sociedad liberada no puede recuperar el tejido tecnoindustrial capitalista, o muy poco de él, porque no es asumible ni viable desde el punto de vista de los recursos naturales (especialmente energéticos) y el más mínimo equilibrio ecológico, ni es necesario en cuanto que en gran medida responde a necesidades falsas y por tanto tampoco es *deseable*, sin entrar ahora a decidir si una parte de la tecnología podría entrar o no en el caldero de la renovación de la vida y el mundo.

Encontramos una tabla rasa parecida si nos volvemos hacia esas facultades por las que algunos movimientos revolucionarios han apostado tanto, la imaginación, la creatividad, el deseo, la espontaneidad, la poesía en una palabra, entendiendo a esta no como una disciplina literaria sino como una *poesía por otros medios* que se vive directamente en la vida cotidiana. Estas instancias, mimbres y raíces de la subjetividad radical que es capaz de rebelarse independientemente de su situación económica, y bastión de la libertad última de la persona, están siendo laminadas por una economía transformada en fábrica de malos sueños. En efecto, el masaje mediático de *teleirrealidad* inmaterial, prolongación lógica de la fantasía fundacional de la mercancía material, tiende a destruir nuestro mundo interior y las delicadas y sutiles relaciones que establece con el exterior fortaleciendo a ambos. Por otro lado los deseos más irreductibles, las zonas más oscuras del inconsciente que no se ven afectados, o no del todo, por la marea negra del espectáculo, pasan a ser reservas biológicas de lo imaginario, escudriñadas, cataloga-